

Redacción:

La Junta Directiva

Colaboradores

TODOS LOS ATENEISTAS

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN

Un mes. . . . 0,25 pts.

Relación y Admón.

Colón, 12, bajo

ORGANO DEL ATENEO ESCOLAR

Dos de mayo

Corría el año de 1808, los ejércitos franceses ocupaban las mejores naciones de Europa, cuando Napoleón fijó la vista en la nuestra, que al verla exteriormente le pareciera la más débil, para hacer de ella una nueva esclava.

Las mejores fortalezas son ocupadas por las tropas francesas merced a hábiles engaños, la familia real está en Bayona, llevada allí por las astucias de Napoleón y el infante D. Antonio, único que de ella quedaba en nuestra patria, al ver su marcha aproximarse, abdica el mando, que le confió el rey, en una junta de gobierno presidida por el conde de Ezpeleta de Veyre.

Punto de reunión del pueblo madrileño parecían las inmediaciones de palacio el día *Dos de mayo*, pues desde el débil grupo que aparecía al amanecer hasta la compacta muchedumbre que horas después las ocupaba, todos habían llegado allí como a punto de cita, ocupando aquellos alrededores para ver si era verdad la versión que circulaba de la marcha de los infantes D. Antonio y D. Francisco hacia Bayona. Veíase en todas las caras pintada la más honda aversión hacia los franceses que vestidos con brillantes uniformes a palacio entraban y salían, veíanse los grupos de manolos que hablaban despacio, silenciosos pero acaloradamente abrirse de vez en cuando para dar paso a unos, que una vez entre ellos les enseñaban armas, cuyo empleo era ocioso preguntar; allí había también grupos menos numerosos de menestrales, que bajo sus capas, querían esconder algo, cada vez que pasaba un francés llevados de su aversión hacia éstos, hacían intención de sacar y hubieran sacado a no ser por las indicaciones de los más serenos; veíanse allí reunidas, en fin, todas las clases sociales por un solo sentimiento, por el amor a la patria que cada vez que pasaba un soldado francés asomaba a sus ojos en forma de llamaradas de odio.

Las puertas de palacio se abren y por ellas sale a la plaza un carruaje en el que en medio de numerosa escolta, iban los regios señores, el pueblo cierra el paso, primero silencioso, después con sordo rumor, que se acrecenta cuando ve que la escolta abre paso a cuchilladas, con descargas cerradas que habren hondas brechas en las masas; los objetos escondidos salen a relucir, son armas que el pueblo madrileño preparó para impedir aquella marcha, atronan sus gritos el espacio y las tropas francesas sienten el odio recon-

centrado de un pueblo que lucha por su patria.

Corre por Madrid la noticia como el fuego por la pólvora; los que tienen armas van a luchar, los que no las tienen iban a buscarlas al parque de artillería, donde se les une D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, que en sus corazones radiantes de amor patrio van a la lucha; la tropa mientras tanto en los cuarteles come sus puños al ver que le ordenan los jefes permanezcan en ellos; un oficial se niega a tal cosa, es Ruiz Mendoza, que junto con los anteriores es el único militar que ayuda al pueblo. Los constantes refuerzos que recibe el francés de nada le sirven, pues el pueblo corre, avanza sin temer a sus descargas hasta llegar a la lucha cuerpo a cuerpo, en la cual huyeron poderosos y aguerridos ejércitos en Aus-

Teoría y práctica del soneto

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tal aprieto:
catorce versos dicen que es soneto,
burla burlando, van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y aun me parece entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
que estoy los trece versos acabando:
contad si son catorce, y está hecho.

LOPE DE VEGA.

terlitz; allí todos deseaban estar en primera fila para hacer ver a los franceses cuan grande era su odio.

Pero por algo era el ejército imperial numeroso y aguerrido, el pueblo sólo no puede con él, se causa y no recibe como sus enemigos refuerzos, sus gentes al ver que no vienen tropas en su auxilio retroceden; los unos se suben a las casas desde donde oponen heroica resistencia, los otros paso a paso se acercan al parque donde hay armas y municiones para organizar una reñida lucha, llegar a él y el pueblo que vió pelear a Daoiz y Velarde, con la intuición propia de las masas populares, les obedece y a sus órdenes se organiza la resistencia; a sus órdenes de ¡Fuego! sordos truenos se sienten al par que los cañones barren a las tropas napoleónicas, la lucha titánica empieza, los

manolos y chisperos guardan las ensangrentadas navajas y cogen entre sus manos armas de fuego, fusiles, con los cuales hacen descargas cerradas contra los franceses; se inicia en los franceses un movimiento de repliegue y cuando todos creen que van a huir, se abren sus masas, aparecen las negras bocas de imponentes cañones, y roja llamarada sale de ellas, se escucha un atroz trueno y la metralla barre el parque de defensores que son prontamente sustituidos por otros. Pero los hijos del pueblo no son suficientes para reemplazar a los caídos, y a los pocos momentos de cañoneo, las tropas asaltan el parque por todos lados en medio de gran griterío.

Los madrileños se preparan a morir, pero a morir matando, y acaudillados por los oficiales, que aquél día hicieron méritos para que sus nombres los contemos entre los de los héroes, luchan con furor inusitado, con saña implacable atraviesan a los franceses; caen unos tras de otros aquellos valientes; mueren Daoiz y Velarde asesinados a traición y pocos momentos después empiezan los franceses horrenda carnicería. Murat da la orden de fusilar a todo aquél que lleve armas, y los soldados, en su sed de sangre, matan hasta a una joven bordadora por llevar las tijeras de su oficio, hasta a un reverendo sacerdote por llevar un cortaplumas.

Este es el día memorable en que dió comienzo la guerra de la independencia; este es el día que celebra España como fiesta nacional en loor de aquellos héroes, y éste es el que ha servido de musa inspiradora para tan grandes patriotas y poetas como Gallego, Arriana, Espronceda y López García y cuya memoria me limito a recordar con un poeta esclarecido en estos términos:

El Dos de Mayo fuera el señalado para partir, pero en aquel momento el pueblo, ya apurado el sufrimiento, a su marcha se opuso denodado. Mas la guardia francesa que pretende contener al valiente y fiel paisano, hizo fuego por orden del tirano, y lucha atroz y desigual se enciende. Mil ciudadanos libres perecieron defendiendo su grata independencia, y otros mil, fusilados sin clemencia, en el Prado indefensos sucumbieron; mas los gemidos que en la atroz matanza exhalaban aquellos desgraciados, en toda España fueron escuchados, y toda España respondió: VENGANZA.

LUIS DE LA CUESTA ALMONACID.

CIENTO

¡Y se atreve a quererme...!

¡Ja... ja... ja...!

«Señorita: Contener por más tiempo lo que me atormenta en ansias de manifestarse, fuera empeño inútil. Puede creerme. Jamás senti atracción tan intensa ni deseo tan pertinaz. La quiero, sí. Yo, que ignoraba lo que el amor significa en la vida, reía y gozaba, sin sospechar que pudiese un placer robar la alegría; sin alcanzar que unos ojos tan bonitos como los suyos, pudiesen grabar el corazón tan honda huella. Pero, confieso que juzgaba sin conocerla.

¡Por Dios! no vea en mis palabras la mascarilla de un deseo fugaz, pues el amor que me inclina hacia Ud. no es una vanidad jactanciosa, ni la sugestión de sus gracias y bellezas, con ser tantas. No. Lo que me inclina a quererla es algo que está por encima de eso, que lo siento en el corazón, y al querer elevarlo a la cabeza, para entenderlo, se desvanece. Es un sueño, una ilusión, un deseo, una esperanza, todo esto, unido a su persona y atado a mi ser con fuertes y dulces lazos.

Antes de terminar, voy a suplicarle un favor, que agradeceré eternamente: Si alguna simpatía ha sentido hacia mí, guarde esta carta como símbolo de mi profundo amor, y, si jamás lo sintió, rómpala en mil pedazos, para que sufra la misma suerte que mi corazón: desgarrado y en el olvido. Jaime.

—¡Jesús, que romanticismo! Oye, Irene, ¿no es verdad que parece esta carta arrancada de un libro Bécquer? Los hay que no dejan de soñar. Pero... ¿has visto mayor atrevimiento? ¿Habrá creído ese necio que me encuentro camino de Leganés?

—Eres demasiado ligera. No juzgues tan irreflexivamente; porque podría sucederte que mañana lo desearas inútilmente. Además, que, a mi parecer, Jaime es chico de inmejorables condiciones, y su talento le asegura un gran porvenir.

—Pues si tan bueno te parece...

—Muchas gracias, Josefina. Mi consejo no entraña otro interés que el de advertirte.

—Lo agradezco pero no puedo tomarlo. ¿No comprendes que nuestra clase exige un hombre de más alta posición? ¿Que significa un poeta en la sociedad! Un hombre que lleva el pelo más largo que los demás y los ojos fijos en una expresión de profundo ensimismamiento. ¡Valiente necio! No me explico cómo puedes encontrarlo digno de nosotras.

—El amor es el sentimiento más democrata. No admite las diferencias sociales que establece la cuna o el azar. Es un sentimiento que produce en las almas la anulación del orgullo; es como si dijéramos,

el antidoto de la soberbia. Cuando se desarrolla en nuestros corazones, brotan en el alma los gérmenes más puros de nobleza y generosidad. Hasta la misma desigualdad—si es que existe—se desearía borrar con el deseo para dar mayor confianza al ser amado. Nada hay comparable a este afecto que nos iguala sin respetar los convencionalismos sociales. Si tú lo hubieses sentido, te explicarías lo que ahora juzgas de atrevido e insólito.

—Bien se conoce que pasas las noches devorando folletos novelescos. Desecha esas quimeras. ¿No es preferible a toda esa serie de ilusiones y delirios calenturientos la realidad de una fabulosa riqueza y de una posición envidiable? Abandona tales desvarios que nacen al final de unos versos cálidos. Reconoce que en las novelas, la vida la desarrolla un ser que tiene alma, y en la realidad, las guía un ente sin entrañas: el destino.

La señora Orcana a Dulcinea del Toboso

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea, por más comodidad y más reposo, a Miraflores puesto en el Toboso, y trocara su Londres en tu aldea!

¡Oh quién de tus deseos y librea alma y cuerpo adornara, y del famoso caballero, que hiciste venturoso, mirara alguna desigual pelea!

¡Oh quién tan castamente se escapara del señor Amadís, como tú hiciste del comedido hidalgo Don Quijote!

Que así envidiada fuera, y no envidiara, y fuera alegre el tiempo que fué triste, y gozara los gustos sin escote.

CERVANTES.

—Ese espticismo me da una idea muy pobre de tu corazón. ¿Olvidas que la ilusión es el mejor alimento del alma? Aunque sea humo, ensueño, ficción, es tan agradable y tan propia de los hombres que sin ella, la vida sería insostenible. ¿Qué importa que los ojos me engañen si el engaño me halaga? Hay una distancia tan corta entre lo verdadero y lo ilusorio, que se salva insensiblemente. ¿Es que te consideras más feliz que una pobre desprovista de nuestras comodidades y regalos? Pues te equivocas. Acaso sea más dichosa que tú, porque se recrea en su miseria. No lo dudes, Josefina, el cuerpo se acomoda a todo; el alma permanece inmutable. Cuando no se quiere, el tiempo hace aborrecer; cuando se ama, el tiempo hace adorar.

II

«Ha obtenido un señalado éxito teatral, el notable poeta regional, D. Jaime Gál-

vez, con su admirable drama: *Lo que no muere*. Felicitamos cordialmente al eximio vate, deseándole siga sin desmayos su brillante carrera, que le abre un cielo de esperanzas.

—Sí, le vi aparecer cogido de la mano de dos actrices... y yo aplaudía maquinalmente... pero no se fijó en mí. Ya es tarde. Sólo me resta llorar en la soledad, cuando de todos me veo abandonada. ¡Qué fría es la realidad...! Cuando tú no lo puedes recoger, yo te envío un beso de amor...

ESPERANZA CRUZ.

CIENTO

Traición y arrepentimiento

Sí, pequeña era en verdad la caravana; pero demostraba estar compuesta por hombres enérgicos y valientes, por hombres de fiera e ilimitada audacia por esos hombres, para los cuales, la vida no tiene valor alguno y desafían los peligros mayores con ánimo sereno y asomando siempre en sus labios una sonrisa de satisfacción.

Voy en breves conceptos a describiros a estos intrépidos exploradores que se atrevían a cruzar ese inmenso mar de arena, esa región extensísima y tropical, que suele ser el verdugo de los seres que lo pasan, y que lo conocemos con el nombre del desierto del Sahara.

Era la caravana reducidísima pero, como hemos dicho, valiente; la componían tres personajes que llevaban por servidumbre a seis árabes, un guía tunecino que conoció, palmo a palmo, el terreno que pisaba, seis camellos y cuatro de esos caballos árabes pequeños, resistentes y veloces, que forman la característica de su raza.

De estos tres personajes, era el primero un capitán de Cazadores de Lusitania; ni alto ni bajo, delgado, de unos veintiseis años, enjuto de rostro y en sus facciones se pintaba una energía poco común; el otro, Almirante a la sazón, de la marina española, tenía formas atléticas, más grueso y más alto, pero sin embargo, no parecía tan enérgico; y entre ellos la graciosa silueta de una bellísima joven que apenas contaría diez y seis años; no muy alta, de esbelto y grácil talle, de grandes y negros ojos que al mirar infundían una sensación extraña, mezcla de ternura y melancolía, en el que los fijaba, con una bella cabecita terminada por una mata de pelo que con indolencia caía, como un manto de oro, sobre sus espaldas destacándose más y más en su niveo y limpio vestido.

Empezaba a alborear el matutino cre-

púsculo. Unas ténues ráfagas de viento que en aquel momento surcaban el espacio, hacían muy agradable la temperatura que no tardaría en tornarse ardiente e insoportable.

Hallábase el capitán, al parecer, distraído y como pensando en algo que le inquietaba, cuando vino a sacarle de sus fléviles pensamientos, la voz melodiosa y argentina de la adorable dama que sonando a su oído, cual rumor arpeggiado del arroyuelo que serpentea en la campiña, le preguntó:

—¿Federico, qué te sucede para llevar esa tristeza impresa en el rostro; acaso te ha ocurrido alguna desgracia; es que estás disgustado conmigo por mi insistencia en asistir a esta tan admirable como arriesgada empresa?

—No, no me sucede nada, pues qué quieres que me suceda si estoy, aunque a ti no te parezca, alegre; si mi corazón inundado de leticia contempla este espectáculo maravilloso en que vemos alzarse el sol tan majestuosamente y lanzar los rayos, que de su seno emana hacia esta arenilla, cual si quisieran penetrar hasta el corazón de la tierra. Además, cómo me iba a parecer mal que tú nos acompañaras cuando eres la única ilusión de mi vida, la que embarga por entero todo mi ser.

Y como para ratificar estas palabras saliera de su pecho como tan forzada sonrisa, no pudo menos de comprender su nia en su alma.

—Ahora es cuando estoy convencida, Federico, de que tú padeces, de que tu corazón late a efectos de alguna causa interna que no conozco; quién sabe si pensando en nuestra bella Corte, echas de menos sus diversiones; quién sabe, si divaga tu mente sobre los sinsabores que esta excursión pueda producirte.

Y con la angustia pintada en su rostro virginal añadió:

—Quizá en otra mujer que no sea yo; quién sabe si en estos momentos te olvidas de mí, de nuestro amor, quién sabe...

No pudo continuar la frase pues Federico, con los ojos centelleantes, la sujetó fuertemente por la muñeca y con voz temblorosa, ya por la ira, o ya por la desesperación que le produjeran las anteriores palabras, contestó:

—¡Por qué hablas así, no ves que me laceras el corazón, que me destrozas el alma! Mi amor hacia ti siempre fué noble; pues si te adoro, es porque eres un ángel, porque me subyugaste con tus divinas formas, con tus hermosas facciones, con esos negros y expresivos ojos que, al mirarlos, me embriagan en un amor santo, ideal, haciendo de mí el más sumiso esclavo. Por eso, porque te quiero sufrir y por no saber si me correspondes.

—¡Oh! no hables así que me mortificas.

—Si así hablo, es porque te veo conversar con ese hombre tan familiarmente;

con ese hombre que es, a la vez, mi amigo y mi enemigo; que es mi continuo azote, pues exaltando mis nervios, enardece más y más mi pasión hacia ti; y en la incertidumbre, en la duda de no saber a cual de los dos prefieres, no se si matarme yo o matarle a él. Mi sufrimiento es grande, siempre ignoré lo que eran celos pero hoy, no siento otra cosa, si, deben ser, son celos que roen mi ser y terminan con mi existencia.

Entonces sucedió que toda la reconcentrada ira que aquel hombre tenía, fué reblandeciéndose, poco a poco, a causa de unas lágrimas de dolor que de los divinos ojos de su compañera brotaban, asemejándose a las perlas, lágrimas que hacían resaltar mucho más, la beldad de aquella graciosa y adorable joven, de aquella joven, que con la angustia pintada en sus coralinos labios, nada se atrevió a contestar.

Y en esta textura, después de una breve pausa, en que los dos mutuamente se

A Cristo Crucificado

No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios: muéveme el verte clavado en esa Cruz y escarnecido; muéveme las angustias de tu muerte;

muéveme, en fin, tu amor de tal manera, que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera: porque, si cuanto espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera.

SANTA TERESA DE JESÚS.

estuvieron contemplando, habló él de la siguiente forma:

—Sí, tienes razón, tus ojos me dicen que no le amas, que no puedes amarle, comprendo que he sido un ingrato al pensar eso de ti, pero tú me perdonas, no es verdad que me perdonas...

Y con apasionamiento creciente añadió: —¡Oh! qué felices seremos cuando lleguemos al término de nuestro viaje. ¿No es verdad?

—Muy felices, pero sin ese hombre a quien odio más, mucho más que tú.

—Lo creo porque salen de tus labios esas palabras dictadas por tu corazón sencillo y puro, cual sencillo y puro pueda ser el de una virgen.

Y así, ya reconciliados y en tan dulce coloquio de amor la pareja caminaba y caminaba sin que, al parecer, produjera impresión alguna el sol que, con sus rayos, fatigaba y abrasaba sus cuerpos.

II

Tres días llevaban caminando por el

desierto los susodichos excursionistas, y por fin, al amanecer del cuarto, divisaron a lo lejos un pequeño grupo de palmeras; la joven con la alegría pintada en toda su persona, preguntó al guía:

—¿Es ese el oasis de Tuat del que tanto nos has hablado estos días?

—Sí, señorita, ese es el oasis que nunca le falta agua y que deleita a los que el desierto atraviesan, con sus exquisitos dátiles que son los mejores de toda la Berberia; milagro será que no haya alguien en él, pues por ahí pasan todas las caravanas que van hacia donde nosotros y que...

No pudo terminar su relato pues la joven, con la frivolidad y ligereza que la caracterizaban, aflojó la brida de su pequeña cabalgadura y partió, con la velocidad del rayo, camino del oasis seguida siempre de Federico que no se separaba de ella ni a sol ni a sombra.

Ya estaban reunidos todos los individuos que componían la caravana, ya estaban allí en aquel paraje delicioso donde podían descansar a la sombra de aquellas palmeras, de aquellas palmeras que lo hacían cien veces más agradable, después de las fatigas de los días anteriores. Se notaba allí una amenidad y una alegría que embriagaba; ora los pájaros con sus gorjeos que revoloteaban por encima de las palmeras; ora las ráfagas de viento que, moviendo los ojos, producían un murmullo suave y agradable; ora el rumoroso arroyuelo que, teniendo allí sus fuentes, desaguaba en el majestuoso caudal del Nilo; ya la sonrisa y el charlar de la joven dama que, con sus bromas y chirigotas, animaba a los demás; todo, en fin, hacía sonreír en medio de la monotonía y aridez del desierto.

Ya tocaba el sol a su ocaso. Un airecillo ténue venía con la noche; la luna aparecía ya en las alturas celestes iluminando a nuestros personajes; ya no había la algazara de por la tarde, con la noche llegó el silencio, ¿dormían todos? no, pero sí la mayor parte.

Ella en una hamaca dormía, quizá soñando alguna cosa agradable; en sus labios se esbozaba una ligera sonrisa; Federico mientras tanto, con la cabeza baja, meditaba a su lado sentado sobre una arenosa piedra y con el fusil entre sus rodillas velaba su sueño, ¿temía algo? quién sabe, lo cierto es, que en toda la noche pudo dormir.

III

Hasta ahora en nuestro relato, querido lector, no hemos hablado para nada de Guillermo, (que así se llamaba el almirante) o sea, uno de los que formaban parte de la excursión; pues bien, ahora vamos a empezar a conocerlo.

Mientras que la joven duerme y Federico vela su sueño, en un lado de los más apartados del oasis y en la penumbra de

unas palmeras, se sostiene la conversación siguiente:

—Y dice Ud. que mañana nos atacarán.

—Sí, siguiendo nuestros pasos han venido y mañana, antes del medio día, llegarán mis amigos en número de veinte o veintitantos y nos atacarán, nosotros no nos defenderemos y para él solo son muchos hombres.

—Sí, son muchos, pero me temo que al verse perdido empieza por matarnos a nosotros, porque su viva inteligencia al momento comprenderá la traición.

—No, porque para eso hay un remedio.

—¿Cuál?

—Nosotros quitamos el plomo a nuestras balas y así tiramos y aunque no matemos a nadie, no comprenderá nuestra traición.

—Ya, él oír los fogonazos, pero las balas no las verá.

—Eso es, más sencillo no puede ser.

—Es Ud. un hombre ingenioso y le gratificaré espléndidamente.

—Ya lo sé, y por eso trabajo en su favor.

—Con creces le gratificaré, si el plan no falla, si ella llega a ser mía, sólo mía.

—No fallará, mis hombres son valientes y en ellos confío.

—Así sea, ahora a dormir, que no es prudente que hablemos, nos pueden oír.

Esta conversación sostenida entre Guillermo y el guía no tenía muy buenas intenciones, como el lector habrá podido observar. Pero ellos no se fijaron que una cabeza en las palmeras vecinas escuchaba lo que hablaban. ¿Quién sería? ya lo sabrá el lector a su debido tiempo.

IV

Las tinieblas de la noche desaparecían; volvía el día; de nuevo aparecían los pájaros con sus trinos a poetizar aquellos lugares, sin embargo, no se notaba mucha alegría en los individuos de esta historia.

Las facciones enérgicas del capitán estaban contraídas, no obstante, daba las órdenes con la mayor naturalidad. Sobre texto que iban a acampar allí varios días mandó rodear, con los fardos que los camellos llevaban, la tienda de la que para él era más que la vida, la tienda de su amada, de su prometida Ana, (que por este nombre atendía la joven), con motivo de preservarla ya de las fieras, o bien de la arenilla del desierto que el aire levantaba. Ese fué el motivo que adujo el capitán para rodear la tienda; pero el verdadero motivo era que tenía algo. Después de haber oído la conversación que el guía y el almirante sostenían la noche anterior, (pues la cabeza que entre las palmeras escuchó la conversación, era la del capitán), temía que traidoramente le robaran la joven aquellos seres tan viles y tan bajos que tenían el corazón corrompido por insensatas pasiones; el uno por la lujuria, por el deseo de poseer a aquella jo-

ven bella y sutil; y el otro, por la avaricia que le cegaba. Desde entontes aquellos individuos se habían echado el baldón suficiente para que Federico no les mirara a la cara, por eso quiso preservar a ella del peligro, dispuesto a que antes de llevarse la pasaran por encima de su cadáver.

Próximamente serían las once de la mañana, el pequeño campamento estaba en silencio; el capitán y Ana hablaban en voz baja, ella parecía estar sobresaltada, él tranquilo y sosegado.

Cuando sus ojos divisaron a lo lejos una nubecilla de polvo, condujo a Ana a su tienda y él se fué precipitadamente a ver a Guillermo a quien habló de esta forma:

—Mira, ves aquella nube de polvo que en lontananza aparece.

—Sí y estoy intrigado por saber lo que será.

—Sabes lo que significa ese polvo.

—No, alguna caravana que se acerca a este oasis.

A LA ROSA

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
gallarda y puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparce la naciente rosa.

Mas si el ardiente Sol lumbre enojosa
vibra del Can en llamas encendido,
sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
en alas del amor; hermosa nube
fingí tal vez de gloria y alegría.

Mas ¡ay!, que el bien trocöse en amargura,
y deshojada por los aires, sube
la dulce flor de la esperanza mía.

ESPRONCEDA.

—Pues significa y se asemeja a la muerte, a la muerte con su guadaña letal, mortífera que caerá sobre nosotros; y digo sobre nosotros, porque tú también morirás. Dicho esto se retiró al lado de su amada.

Estas palabras pronunciadas con frialdad y energía hicieron efecto en Guillermo, tornóse primero pálido, después sus ojos desmesuradamente abiertos por el terror vagaron ya mirando a Federico que se alejaba, ya a los jinetes que en masa confusa y rápidamente se acercaban. Sonaron varios tiros, la pelea empezaba, entonces volvió Guillermo en sí del sopor que le sumieran aquellas palabras, comprendió todo el mal que había causado pero era tarde para remediarlo; la caballería de los bandidos disparaba sin cesar sus espiñargas sobre el capitán, el cual se había atrincherado delante de la tienda de Ana, y se defendía como una leona que le roban sus cachorros, dispuesto a morir matando, a pagar cara su vida.

Entre tanto los árabes se habían escondido

detrás de los caballos que frenéticamente relinchaban y el guía había adelantado a sus hombres y los animaba excitánolos a pelear, pero ninguno se atrevía a ponerse al alcance de las balas del capitán que, con palmo firme y gran serenidad, los mantenía a prudente distancia.

Entonces el tunecino ordenó, que se dividiesen en dos columnas y que unos atacaran por delante y los otros por detrás.

Pero no contaba que Guillermo, arrepentido de la villanía que cometiera y decidido a enmendar su falta o morir, con abundantes municiones, púsose detrás de la tienda para detener a los que por allí se acercaban.

Todo es confusión, voces, gritos, tiros y desesperación entre los bandidos que sus espiñargas no alcanzan tanto como los fusiles, los caballos que relinchando de espanto se encabritaban, algunos lamentos de heridos que agonizan, los silvidos de los proyectiles, en fin, el fragor estentóreo de la batalla que se desarrolla.

En medio de todo este desorden, suena la voz de Federico que a la par que apunta al tunecino, dice:

—Así pago yo a los traidores, toma.

Sonó un tiro y el guía cayó ensangrentado y agonizante; entre sus hombres cayeron aquellas palabras seguidas del disparo como un rayo, sembraron el estupor entre los seis o siete que por allí se quedaron, y otros se rieron y se rieron a todo galope de sus caballos.

Mientras tanto, en la otra parte de la tienda, seguía el tiroteo que Guillermo en contra de los demás bandidos sostenía; Federico acudió inmediatamente a aquella parte cuando quedó libre de los que le acosaban.

Aun no había llegado cuando sonó un grito de alegría y desesperación a la vez, en tanto que el Almirante moría peleando como un tigre, lavando así la mancha de su traición.

Muerto él, aun seguían los disparos; Ana, arrodillada en tierra con un fusil humeante, disparaba sin cuidarse de las balas que silvando pasaban junto a ella.

Cuatro vampiros del desierto quedaban cuando llegó el capitán; dos disparos más sonaron antes de que aquellos se retiraran pero, al fin, llegó la tan deseada derrota de los piratas, éstos huyeron como sus compañeros y todo quedó en silencio.

Federico, tambaleándose y derramando abundante sangre de las heridas que tenía, se acercó al exánime cuerpo de Guillermo y exclamó:

—Dios es testigo de que te perdono el mal que me has hecho.

Y se desmayó en los brazos de Ana, que lloraba de dolor.

V

Cuando Federico volvió en sí de su letargo la creSPA del sol caía sobre la tien-

da en que se hallaba, como queriendo exterminala. Ana estaba a su lado y sus heridas curadas.

—Voy a morir, dijo, perdónale como yo le perdono y perdóname a mí también.

Ella por toda contestación rompió a llorar en copioso y amargo llanto: él se desmayó de nuevo.

Dos días de mortal angustia llevaba Ana, alimentándose de dátiles y curando al herido con el esmero que lo hiciera una madre. Los criados árabes, aprovechándose de que estaba ella sola, pues él era como si no existiese en el estado en que se hallaba, se fueron y la dejaron abandonada en medio de aquella soledad aterradora.

Ya no esperaba más que la muerte, cuando al tercer día divisó una caravana que se acercaba.

Algunos días más estuvieron en el oasis; pero no ya con la tristeza en el corazón, sino con la esperanza de alcanzar mejores días. El herido curaba rápidamente hasta que, al fin, partieron con la caravana que les había prestado auxilio; sí, partieron de aquellas tierras de donde no habían recibido más que desgracias; sí, se fueron alegres y contentos con la sola pena de dejarse allí a su compañero Guillermo que les había hecho traición, pero su arrepentimiento fué loable.

Y aquellas almas nobles perdonaron y compadecieron a aquel desgraciado que tantas penas les causara.

ANDRÉS VILA Y MARTÍNEZ.

ME INHIBO

Que escriba en PLUMAS NOVELES con empeño pretendéis, porque, es claro, no sabéis que se han *majao* mis papeles.

Y dicho sea en sustancia y como una verdad pura, yo estoy en literatura casi, casi en la lactancia.

Y diré de igual manera, aun cuando os cause sonrisa, que no tengo a poetisa ni aproximación siquiera.

Y es porque yo tomo a guasa ambas cosas; que, a mi ver, el destino en la mujer sólo es serlo de su casa.

Y siendo este mi sentir, no sé por qué ni esto escribo, y por lo mismo me inhibo para volver a escribir.

Con un sentimiento pleno, por el semi-timo dado, al que hubiere imaginado que iba a leer algo bueno.

Conste, pues, que si esto he escrito, fué sólo por no dejar de, aunque mal, colaborar en nuestro periodiquito.

CONCHA SÁNCHEZ-MORATE.

Alrededor de un pensamiento

Dice un sabio que la mujer encuentra un placer en producir un dolor. ¿Será cierto lo que afirma? Yo creo que sí. Y aunque te reveles contra esta opinión, un ligero examen de conciencia te demostrará hasta qué punto es verdadero el concepto que de vosotras había formado este hombre insigne:

Alguna vez te habrás detenido a reflexionar sobre las causas de ciertos actos

La providencia

«Dime, Padre común, pues eres justo, ¿por qué ha de permitir tu providencia que, arrastrando prisiones la inocencia, suba la fraude a tribunal augusto?»

¿Quién da fuerzas al brazo que robusto hace a tus leyes firme resistencia, y que el celo que más la reverencia gima a los pies del vencedor injusto?»

Vemos que vibran victoriosas palmas manos inievas, la virtud gimiendo del triunfo en el injusto regocijo.»

Esto decía yo, cuando riendo celestial ninfa apareció y me dijo: «Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

que hayas ejecutado, sin encontrar en ellas, otra justificación, ni otro motivo, que el caprichoso e inocente deseo de avivar en las almas queridas el fuego de la duda.

Estáis dotadas de una imaginación despierta, que os hace ver la piedra de toque para vuestros amores en el disimulo, y a fe que lo usáis con tal tino, que a poco esfuerzo podéis distinguir lo verdadero de lo falso. No es que censure vuestro sistema, que a mi parecer es tan oportuno como ingenioso; pero es innegable que al confundir en un mismo procedimiento al amor con el capricho, proporcionáis el ingrato hormigueo a quien por vosotras siente verdadero afecto.

Ya ves como no puedo ser más imparcial. Así como no comparto el criterio de quienes os juzgan alma de todas las tragedias, de igual manera no dudo de que

existe en vuestros corazones el placer de los pequeños sufrimientos.

Escucha este corto relato que a guisa de cuentecillo te voy a referir, y procura grabarlo en tu memoria fuertemente, como un abrazo de madre, para que su moraleja te sirva de enseñanza provechosa.

Conoció, no hace mucho tiempo, a una joven de singular hermosura: graciosa, de ojos africanos, de mirar tan penetrante y dulce, que era una provocación de amor; la nariz, ligeramente aguileña, completaba la belleza de aquel rostro sugestivo. Su cuerpo, flexible y airoso, sumaba otros mil encantos a su atrayente figura. Pero lo que más seducía de aquella preciosa criatura, era su charla alegre, que a todos nos embelesaba con sus agudezas e ingeniosidades. En una palabra: la belleza y el talento se disputaban el mérito de aquel ser incomparable. Mariposeó, como todas las jóvenes a los quince años; y después de tibar el néctar de algunas flores, posó sus ilusiones sobre la que más puro se lo brindaba. Ya no pensó en nuevas aventuras, por algún tiempo. Había fijado su atención en quien no le regateaba ni su admiración ni su cariño; y ella, al parecer satisfecha, esperaba el grato momento de ofrendarle su amor purísimo, cuando la primavera de aquel idilio secreto abriese los primeros capullos. Ambos permanecieron en el silencio más profundo, esperando el tiempo propicio, porque los corazones amantes no necesitan la palabra para expresarse: se encuentran y entienden los deseos cuando son idénticos.

Pasó el tiempo, lleno de impacencias para él; y cuando vió cerca el principio de su dicha, como si estuviese en el umbral de un sueño, todo empezó a disiparse, jugando ella con su corazón, de igual manera que las sombras juegan con nuestros sentidos... ¡Fugió querer a otro!

Aquella falta grave no tardó en ser perdonada por quien no podía dejar de quererla; pero la inquieta libélula de su imaginación errante la llevó a un nuevo extravío fatal. Otra vez, hostigada por el deseo de ver sufrir por su amor al hombre que más quería, repitió su desdén inocente; pero, ¡oh dolor!, aquella alma resignada no pudo sufrir la nueva humillación que le desgarraba, y el orgullo que ciega, sin dejar pulsar los hechos para entrañarlos, pudo más que su amor fervoroso, e hizo que en sus labios aparecie-

se el primer juramento de rencor, ya que de olvido era imposible...

Este cuento que pongo a tus ojos para hacerte ver lo perjudiciales que son, a veces, esas pequeñas distracciones, me alegraría no le olvidases nunca.

¿Dudas todavía de la verdad que encierra el pensamiento a que me refiero? Pues aun te podría añadir innumerables casos.

¿No has oído decir muchas veces a tus amigas, que contrarían en lo que pueden a sus novios? Ahí tienes una prueba evidente. ¿En cuántas ocasiones no habrás cerrado el balcón cuando se aproximaba el ser querido, para luego mirarlo a hurtadillas, con el objeto intencionada de recrearte en su contrariedad?

D. DE D.

Cuenca, 1.º-5-1917.

Instituto general y técnico de Cuenca

ANUNCIO

Los alumnos de enseñanza oficial que deseen verificar el examen de las asignaturas en que se hallan matriculados, tanto en el mes de mayo próximo como en el de septiembre, satisfarán en la Secretaría de este Instituto, y en la primera quincena del referido mes de mayo, de diez a doce de la mañana, cuatro pesetas en papel de pagos al Estado y un timbre móvil por asignatura.

Los alumnos que se hallen matriculados en las asignaturas de Caligrafía, Dibujo y Gimnasia, abonarán tres pesetas en papel y una en metálico, conforme a la Real orden de 14 de abril de 1913.

Lo que de orden del señor director pongo en conocimiento de los interesados.

Cuenca, 16 de abril de 1917.—El secretario, *Angel Martínez*.

LA GUERRA

¿Qué pánico y qué terror produce tan fatídica expresión! Ese monstruo que todo lo arrasa, que destroza las maravillas del arte y que roba a los corazones sus seres queridos.

¿Guerra! Qué pavor tan grande nos envuelve cuando llegan a nosotros los sonidos de esta palabra corta, sí, pero por

demás prolija en funestas consecuencias.

En la guerra desaparecen los afectos de la amistad: se borra el sentimiento humano, no existe amor, ni otros impulsos que la destrucción y la muerte. Aquellas ambiciones de mejora y progreso, el desenvolvimiento de la especie humana, hacia su perfeccionamiento se olvidan para fundir a los contendientes en la triste aspiración de destruirse; la dualidad de nuestro compuesto se unifica, desapareciendo el ser racional, para triunfar el instinto del mal.

Seres que vivían estimándose con el amor de hermanos, luchan cuerpo a cuerpo, hasta desaparecer uno de los contendientes; y con frecuencia pasa que los hombres distanciados entre sí por diferencia de ideales y hasta de raza, confraternicen, uniéndose para luchar.

La tempestad y la calma

Yo vi del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desaparece
su alegre faz, y en torno se oscurece
el cielo con tinieblas de horror llena.

El astro proceloso airado suena,
crece su furia y la tormenta crece,
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto Olimpo, y con espanto truena.

Mas luego vi romperse el negro velo
deshecho en agua, y a su luz primera
restituirse alegre el claro día.

Y de nuevo esplendor ornado el cielo,
miré y dije: ¿quién sabe si le espera
igual mudanza a la fortuna mía?

JUAN DE ARGÜEO.

Los espíritus alucinados por la ilusión
de vencer no respetan ni la virtud, ni la

debilidad, ni la inocencia: la consideración al derecho ajeno... todo es un mito en la guerra que pisotea la virtud, mata al inocente, al débil indefenso... los hombres se hacen inhumanos.

¿Es la defensa de un territorio el móvil que impulsa el país beligerante? Pues medita las consecuencias de su acción y veréis los campos arrasados, y cubiertos de pedazos de armas, de caballos y de hombres muertos u horriblemente mutilados por el fuego; los edificios destruidos; la patria queda sin brazos que vuelvan al campo su antiguo esplendor, las provisiones del país se consumieron en ella, el pueblo queda envuelto en el horrible manto de la miseria...

Los cadáveres que quedaron insepultos, bajo la acción de los rayos solares, están en estado de putrefacción y se une al hambre la peste. ¡Otra segunda guerra, quizás más triste que la primera!

A. P. C.

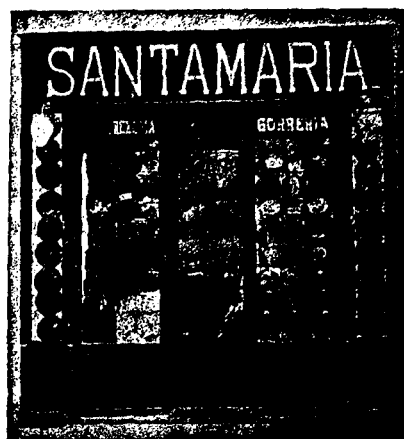
IMPRENTA

“EL DIA DE CUENCA,,

Calle de Colón, 12.

Se hacen toda clase de trabajos.

Disponible



ESTA ES LA MEJOR

SOMBRERERÍA Y GORRERÍA

vende a precios baratísimos. Presenta las últimas novedades y lo mejor que se fabrica.

Ojo con equivocarse

MARIANO CATALINA, 22
CUENCA